

### XIII. EXACTITUD Y VERDAD

La exactitud es hermana gemela de la honradez. — C. SIMMONS.

El genio es el infinito arte de trabajar con paciencia. — CARLYLE.

Me repugnan las cosas hechas a medias. Si una cosa es buena, hagámosla valerosamente. Si es mala, dejémosla por hacer. — GILPIN.

Si yo fuese zapatero remendón cifraría mi orgullo en ser de todos los remendones el mejor. Si fuese latonero, ningún otro compondría una cacerola tan bien como yo. — *Canto antiguo*.

Si un hombre sabe componer un libro, predicar un sermón o construir una ratonera mejor que su vecino, las gentes abrirán camino hasta su puerta, aunque tenga la casa en medio del bosque. — EMERSON.



ENTRÓ un parroquiano en la relojería de Jorge Graham, de Londres, para comprar un reloj de buena marcha. El relojero le dijo:

— Aquí tiene usted uno que yo mismo construí y comprobé.

Si dentro de siete años vuelve usted y me señala una diferencia de cinco minutos, le devuelvo el dinero.

Al cabo de siete años regresó el caballero de la

India, y como había descompuesto el reloj por quererlo arreglar demasiadas veces, fuese a la relojería de Graham, y le dijo:

— Vengo a devolver el reloj.

— Pues ya recordará usted las condiciones. Veámoslo. ¿De qué se lamenta usted?

— De que han pasado siete años y lleva más de cinco minutos de diferencia en la marcha.

— En tal caso le devuelvo a usted el dinero.

— Es que en composturas he gastado diez veces más de lo que me costó.

— Pero yo por nada faltaría a mi palabra.

Dicho esto pagó Graham la cantidad convenida, y se quedó con el reloj.

Había aprendido Graham su oficio en el taller de Tampion, el más hábil mecánico de Londres, si no del mundo entero, cuyo nombre en los relojes era prueba innegable de excelencia.

Graham inventó el péndulo compensador de mercurio, el escape y el mecanismo planetario, sin que desde entonces haya habido necesidad de perfeccionar estos aparatos. El reloj que construyó para el observatorio de Greenwich, hace 150 años que funciona y sólo se arregla cada quince meses. Tampion y Graham están sepultados en la abadía de Westminster por los méritos contraídos en la exactitud de sus obras.

Para no perder el rumbo necesitan los navegan-

tes conocer la distancia a que se hallan del Norte o del Sur con relación al Ecuador, y por lo que toca a la distancia del Oeste o del Este han de tomar por punto de referencia el meridiano de Greenwich, París o Washington.

Un cronómetro absolutamente exacto podría auxiliarlos en la determinación de estas distancias, relacionando la marcha del reloj con el movimiento aparente del sol; pero todavía no hay un tan exacto cronómetro. En el siglo XVI, el rey de España ofreció mil onzas de premio al que descubriese un procedimiento para determinar muy aproximadamente las longitudes. Dos siglos más tarde, ofreció el gobierno inglés 5.000 libras al que inventase un cronómetro lo suficientemente exacto para que un buque pudiera calcular la longitud con error máximo de sesenta millas al cabo de seis semanas de haber salido del puerto. El premio aumentaba respectivamente hasta 7.500 y 10.000 libras esterlinas, según el error fuese de cuarenta y treinta millas, con otro de 20.000 libras para el método exacto en radio de treinta millas. Todos los relojeros del mundo quisieron disputarse el premio; pero el año 1761 todavía no estaba concedido, y Juan Harrison solicitó entonces que se probara un cronómetro de su fabricación, como así se hizo en un viaje de ida y vuelta entre Portsmouth y Jamaica, durante el cual va-

rió dos minutos, y tan sólo cuatro segundos en otro viaje. La variación fué de quince segundos en una travesía de 156 días a las islas Barbadas, por lo que se concedió el premio de 20.000 libras al relojero que había estado cuarenta años ocupado en su construcción y cuyas manos eran tan delicadamente hábiles como el mecanismo de su cronómetro.

Antes de que se trazara en los Estados Unidos la primera vía férrea, le dijo un carpintero de una aldea del Estado de Nueva York al herrero David Maydole:

— Fórjeme usted un martillo lo mejor que sepa. Hemos de ir a trabajar en las obras de la nueva iglesia y me he dejado el mío en casa.

— ¿Lo mejor que sepa? Tal vez no le convenga a usted el precio.

— Desde luego que sí. Necesito un martillo de primera calidad.

En efecto, el carpintero recibió el mejor martillo que sin duda alguna se había construído hasta entonces, pues por medio de un ojal mayor que los acostumbrados logró David Maydole sujetar la cabeza del martillo de modo que no pudiera saltarse, lo cual le pareció al carpintero un admirable perfeccionamiento con el que su martillo superaba al de sus compañeros, quienes se apresuraron a encargar al herrero otros martillos iguales. Cuando

el contratista de las obras vió las nuevas herramientas, quiso dos para él, con la condición de que todavía fuesen mejores, a cuya demanda replicó Maydole:

— No puedo hacerlos mejores, porque cuando ya hago una cosa, la hago lo mejor que sé, sin distinguir para quién la hago.

El guarda-almacén de las obras pidió en seguida dos docenas de aquellos martillos, cantidad desconocida en las anteriores vicisitudes de su oficio. Un ferretero neoyorquino que acertó a pasar por la aldea compró todos los martillos en existencia y comprometiése de antemano a quedarse con cuantos Maydole pudiera construir. Bien hubiera logrado enriquecer el herrero sin más que atenerse al tipo del martillo por él inventado, pero no cesó de ocuparse durante el resto de su vida en perfeccionarlo en todas sus minucias. Los compradores no necesitaban otra garantía que el nombre de Maydole estampado en el lugar de la marca, que muy pronto adquirió universal renombre.

Decía el director de un taller de forja, donde trabajaban miles de operarios.

— Nosotros no tenemos secreto alguno de fabricación. Procuramos dar a los aceros el mejor temple posible, y en esto consiste todo nuestro secreto, sin importarnos que otro lo conozca.

Decía el difunto Juan C. Whitin, de Northbrid-

ge, a un parroquiano que se quejaba de lo caro de una máquina para la hilatura de algodón:

— Yo no procuro que las máquinas me salgan baratas, sino buenas.

Los negociantes se percataron muy luego del significado de estas palabras, y cuando los fabricantes de tejidos de Nueva Inglaterra habían de vender alguna de sus máquinas, cuidaban de advertir en el anuncio, además de los años de funcionamiento, la circunstancia de proceder de los talleres de Northbridge, cuyo nombre era de por sí garantía de bondad.

El escultor H. K. Brown tuvo ocasión de ver en casa de una señora que vivía en Newburgh del Hudson, una estatua de alabastro modelada por un adolescente llamado Ward, y al admirar la obra, exclamó:

— Señora, este jovencito tiene algo dentro de él.

Representaba la estatua a un obrero irlandés que trabajaba por cuenta de la familia Ward, de Brooklyn, y había el precoz artista ejecutado con admirable exactitud todos los pormenores de la figura, no sólo en cuanto a expresión y parecido fisionómico, sino en particularidades como los remiendos de los pantalones, los rasgones de la chaqueta y los pliegues del sombrero. Seis años después, era Ward el discípulo predilecto de Brown,

y con el tiempo llegó a ser el más famoso escultor de los Estados Unidos.

En el calor de la discusión, le decía un diputado inglés a su contendiente:

— Recuerdo cuando le limpiabais las botas a mi padre.

A lo que replicó el otro instantáneamente:

— Es verdad; pero ¿acaso no se las limpiaba bien?

Aquejado Wellington de sordera, consultó con un famoso médico, quien le aplicó en el oído un cáustico tan enérgico, que le produjo una inflamación en extremo peligrosa. El médico se deshizo en excusas con muestras de hondo pesar por lo ocurrido y manifestó su recelo de que aquella equivocación causara su ruina, a lo que respondió Wellington:

— No hay cuidado, porque a nadie he dicho ni una palabra del asunto.

— Pues entonces, ¿me permitiréis que os siga visitando, a fin de no despertar la desconfianza de las gentes?

— No, porque eso ya sería mentir.

Le decía un muchacho a su padre:

— Esta noche pasada vi en nuestra calle lo menos cien perros. Estoy seguro.

— No puede ser. No hay tantos perros en la aldea.

— Pues entonces no eran menos de diez.

— Tampoco creo que vieras diez, porque tan seguro estabas antes de haber visto cien como ahora los que dices.

— Pues bien, padre; por lo menos, vi a nuestro danés y a otro perro.

Vituperemos a este muchacho por su afán de dar desmesuradas proporciones a un suceso insignificante; pero ¿qué decir de quienes al caer un aguacero «nunca vieron una lluvia tan copiosa» o se quejan cada día de que aquel es «el más caluroso del verano» o «el más frío del invierno»?

Nada admira tanto a las gentes como la verdad sencilla, exenta de duplicidad, artificio y mala intención.

En cambio, son diversas manifestaciones de doblez, hipocresía y falsedad resultantes de vacilación mental, valerse de perífrasis para eludir la responsabilidad de la ofensa; recurrir a equívocos, evasivas y falacias para disfrazar la lisonja o el vituperio; encubrir la verdad y dar cara a todos los vientos; exagerar desconsideradamente los relatos; acomodarse a la opinión ajena sin compartirla; asentir con un movimiento de cabeza, una sonrisa y un gesto a lo que otro nos dice, sin atender a lo que dice; y en fin, toda insinceridad que se comete al fingir pensamientos o emociones.

La naturaleza no miente ni engaña. Las rosas

florece y los cristales se forman hoy con la misma precisión de matices y aristas que en la edénica mañana de la creación. La rosa de los jardines de la reina no es más hermosa ni más fragante ni más exquisitamente perfecta que la floreciente en las silvestres márgenes de los caminos o en algún valle escondido a las miradas del hombre. El cristal de las subterráneas minas es tan fielmente geométrico como el formado a flor de tierra. Hasta el sutilísimo copo de nieve, cuyo destino es formar insignificante e inadvertida parte del enorme alud, asume la configuración de etérea belleza cual si hubiera de ostentarse aparatosamente. Se mueven los planetas con vertiginosa celeridad en órbitas dilatadísimas; y sin embargo, acuden sin discrepancia de un segundo a la cita que les dan solsticios y equinoccios, como si en su movimiento manifestaran la invariable voluntad de Dios.

Las maravillosas riquezas del suelo americano y su creciente prosperidad han despertado una desdichada tendencia a la hipérbole, a pesar de que en estas tierras es la verdad mucho más admirable que la ficción y lo positivo más vigoroso que lo superlativo; pero desmentimos este hecho con nuestras palabras. Realmente es muy difícil establecer la exacta verdad en América. Muchas fortunas están fundadas en apariencias y no pueden resistir los embates de la verdad.

A Sir Tomás Browne le preguntaron si el demonio mentía y él contestó que no, porque si mentiera dejaría de existir. Tan necesaria es la verdad a la existencia.

En Siberia encontró un viajero a ciertos hombres que distinguían a simple vista los satélites de Júpiter, no obstante sus escasos adelantos en la civilización. Es curioso que ningún descubrimiento astronómico de importancia se haya hecho con telescopios de mucho alcance, pues los sabios que mayormente han contribuido al progreso de esta ciencia, efectuaron sus observaciones con instrumentos ordinarios, cuya eficacia consistía en la disciplinada mente y en la perspicaz visión del observador.

Una doble lente convexa de un metro de diámetro vale nada menos que sesenta mil dólares, pues su ajuste es tan sumamente delicado que, como dice Alvan Clark, sólo la mano del hombre tiene la necesaria habilidad para darle el exacto pulimento requerido por el servicio que ha de prestar. Durante las pruebas del gran objetivo que este óptico había construido para el gobierno ruso, un operario lo tocó apenas con la mano, y Clark mandó entonces que esperaran un rato antes de repetir la prueba, porque el natural calor del toque podría malograr el éxito a causa de haberse alterado el delicadísimo equilibrio de la masa. El

amor que Clark sentía por la exactitud dió merecida fama mundial a las piezas salidas de sus talleres.

En cierta ocasión, instaron a Webster para que hablara en una asamblea sobre determinado asunto puesto a deliberación. El célebre orador respondió diciendo:

— Me es de todo punto imposible. He de cumplir otros deberes de suma urgencia y no tengo tiempo de prepararme para hablar sobre este tema.

— Pero usted trata siempre magistralmente todos los asuntos. Nunca ha fracasado usted.

— Pues por esa misma razón. Porque nunca hablo sin antes estudiar la materia hasta dominarla. En el caso actual no tengo tiempo de estudiarla y de ahí mi negativa.

El abogado Rufo Choate actuaba ante un juez de paz, zapatero de oficio, en un caso de insignificante cuantía, con la misma diligencia y atención que al informar ante el Tribunal Supremo de Justicia.

Decía un eminente escritor:

Todo cuanto sea justo hacer, hagámoslo con el mayor cuidado, con firmeza y fidelidad de propósito, pues no hay balanzas de bastante delicadeza para pesar nuestra escrupulosidad en el cumplimiento del deber ni determinar su verdadera importancia a los ojos de Dios. Lo que a nosotros nos parece bagatela, puede ser el secreto resorte que abra las puertas de la vida y de la muerte.

Tan exacta les parecía a los florentinos la descripción del infierno en la *Divina Comedia*, que al pasar el Dante por la calle decían señalándole con el dedo: «Ahí va un hombre que ha estado en el mundo inferior».

El canónigo Farrar era de opinión que el único fracaso en la vida consiste en no acomodar nuestros actos a nuestros conocimientos.

Se maravillaba Grove de que cuanto más pulía y limaba Beethoven sus melodías instrumentales, más frescas y espontáneas pareciesen. Leonardo de Vinci se tomó el trabajo de atravesar todo Milán para corregir un leve matiz de un insignificante pormenor de su famosa pintura *La última cena*. Según declara su editor Dodsley, el célebre Pope corregía dos veces cada línea de sus manuscritos. Gibbon rehizo una memoria nueve veces y diez y ocho los primeros capítulos de su historia. Montesquieu le decía a un amigo, hablando de una de sus obras: «Tú la has leído en pocas horas, pero te aseguro que a mí me costó tanto trabajo componerla, que me salieron canas». Y en efecto, día y noche estuvo pensando en aquella obra, que era el alfa y el omega de sus anhelos y aspiraciones.

Sobre los hábitos del buen escritor afirmaba Jorge Ripley que quien en toda ocasión no escribe lo mejor que puede, muy luego contraerá el hábito de escribir mal.

Un entomólogo pensó que le sería fácil perfeccionar sus conocimientos con sólo asistir a unas cuantas lecciones del profesor Agassiz, quien le puso entre manos un pez para que por sí mismo examinara su estructura orgánica. Al cabo de dos horas, le hizo Agassiz algunas preguntas a su nuevo discípulo y no pudo por menos de decirle: «No ha observado usted bien el pez. Repita usted la observación». Después de preguntarle por segunda vez, meneó el profesor la cabeza con aire de duda, y le dijo: «Está visto que no sabe usted hacer el debido uso de sus ojos». La repulsa hirió el amor propio del discípulo, quien puso todo su empeño en el examen del pez, de modo que echó de ver pormenores hasta entonces inadvertidos. Al preguntarle Agassiz por tercera vez, quedó satisfecho del examen, y exclamó: «Así está bien. Veo que sabe usted hacer uso de sus ojos».

El famoso pintor Reynolds confesaba que por su gusto estaría retocando siempre sus lienzos. Esteban Girard era la exactitud personificada. No consentía que bajo ningún pretexto se apartaran sus dependientes de las órdenes recibidas, porque creía que no hay éxito posible sin la más escrupulosa exactitud en todo. Cuando daba una palabra la cumplía sin la más leve variación, y así las gentes confiaban en él con seguridad absoluta. Nada dejaba en manos del azar, sino que

sometía a escrupuloso cálculo y ordenación los más insignificantes pormenores de sus negocios. Era exacto y preciso hasta en las menudencias.

En 1805, levantó Napoleón el campamento que había establecido a orillas del canal de la Manga (1), y ordenó a sus poderosas huestes que se trasladasen al Danubio. Varios y vastos proyectos germinaban en su mente; pero no se satisfizo con dar la orden de marcha y confiar la ejecución del plan a sus mariscales, sino que por sí mismo se ocupó en pormenores que otros capitanes no tan previsores hubieran desdeñado por indignos de su atención. Así es que al sonar el toque de marcha, tenía ya Napoleón señalado el camino exacto que cada regimiento había de recorrer, el día y hora en que había de salir de cada punto y el preciso momento de llegar a su destino. Todos estos pormenores tan escrupulosamente premedi-

---

(1) Aunque por uno de tantos abusos se suele denominar *Canal de la Mancha* al *Paso de Calais* que separa a Inglaterra del continente, su verdadero apelativo es *Manga*, como traducción exacta de *Manche*, que nunca significó *mancha*, sino *manga* de agua. Pero no hubiera yo empleado la verdadera denominación por temor a singularizarme, si no la empleara también, contra el admitido abuso, un escritor tan magistral, y académico de la Lengua por más señas, como Pérez Galdós, en uno de los *Episodios nacionales* de la cuarta serie. El insigne autor de *Fortunata y Jacinta* escribe *Canal de la Manga*, que es como debe decirse y escribirse; y si el maestro enseña, los discípulos no tienen más remedio que aprender. —(N. del T.)

tados se cumplieron al pie de la letra y dieron por resultado la esplendorosa victoria de Austerlitz, que vinculó por diez años los destinos de Europa.

Un famoso predicador atraía con su fascinadora elocuencia numeroso concurso de intelectuales anhelosos de oír su palabra. Sin embargo, nada había improvisado en aquellos sermones, que eran el último término de una serie de pacientísima labor.

En cierta ocasión visitó Walter Scott las ruinas de un castillo que había escogido por asunto de una novela, y tuvo la precaución de anotar en su libro de memorias los nombres de todas las plantas y flores silvestres que medraban en los contornos, pues decía que sólo así era posible dar la natural descripción del paraje.

El historiador Macaulay pulía sus escritos hasta que la frase quedaba tan correcta como le era posible.

Junto al estante de libros tenía Garfield un ordenador con cincuenta apartados cuyos marbetes indicaban los diferentes asuntos en estudio o que en determinada ocasión pudieran proporcionarle en el acto los datos que de otra suerte hubiera sido difícil encontrar; y así es que al tratar de cualquier materia, lo hacía con tal abundamiento y exactitud, que ningún otro orador lo graba superarle.

Respecto al cuidado con que se han de redactar los telegramas, sirva de ejemplo lo sucedido a un comerciante de Sacramento, a quien le telegrafió otro de San Francisco, diciéndole: «Me han ofrecido por cuenta de usted diez mil sacos de trigo a un dólar; ¿compro, o le parece a usted caro? El de Sacramento respondió: «No. Precio demasiado alto». Pero el que redactó el parte lo hizo de modo que por la supresión de un punto vino a entender el receptor que el precio *no* era demasiado alto. Este error, al parecer insignificante, le costó mil dólares al comerciante de Sacramento. ¡Cuántos centenares de personas perdieron hacienda o vida y cuán terribles accidentes ocurrieron por el descuido en la redacción de telegramas!

Decía Tuttle:

El niño acostumbrado a la exactitud logra siempre feliz éxito. Los que tienen operarios a su servicio no querrán estar siempre con la vista encima como si se tratara de pícaros o mentecatos. Si un maestro carpintero hubiese de ponerse por lado del oficial para asegurarse de la exactitud de su labor, o si un cajero anduviera siempre examinando las columnas del tenedor de libros, mejor fuera que hiciesen por sí mismos todo el trabajo, en vez de emplear a otros en él, pues también el que se ve de continuo vigilado aprovecha la primera ocasión para sacudir la tiranía.

Un laborioso fabricante decía que quien sabe

hacer a la perfección un alfiler ganará más en ello que si hiciese una mala máquina de vapor.

En las tumbas de muchos fracasados pudieran ponerse epitafios tales como: «Descuido», «Indiferencia», «Apatía», «Desaliento», «Despilfarro». Multitud de dependientes, cajeros, clérigos, editores y profesores de colegio perdieron prestigio y colocación por negligencia y descuido en el cumplimiento del deber.

En cierta ocasión le dijo Curran a su amigo Grattan: «Sería usted el hombre más insigne de la época si comprara unas cuantas yardas de bramante encarnado para enlegajar sus papeles». Curran echaba de ver que las gentes metódicas cumplen exactamente sus tareas y, por lo general, tienen éxito feliz en sus empresas.

Refiere Bergh que un comerciante abría y cerraba la tienda diariamente a las mismas horas, sin que al empezar el negocio vendiese durante algunas semanas más allá de dos centavos; pero la exactitud en abrir la tienda acabó por llamar la atención del público, que premió con su confianza la constancia del comerciante y le puso en el camino de la fortuna.

A. T. Stewart era sumamente ordenado y exacto en todas sus operaciones comerciales. En su almacén regía el más riguroso método y cualquiera falta se castigaba sin remisión. Atendía cumplida-

mente a todos los pormenores de su negocio, que dominaba por entero, y jamás cedía en el trabajo. Desde que Jonas Chickering entró de aprendiz en una fábrica de pianos, puso exquisito cuidado en cuanto salía de sus manos, pues nada tenía por desdeñable en su labor y no le importaban tiempo ni trabajo con tal de hacerla con toda exactitud. Pronto tuvo fábrica propia y se propuso construir un piano que a sus robustas voces y delicados sonidos añadiese la cualidad de no fatigar al pianista y de resistir las variaciones atmosféricas sin detrimento de la pureza y fidelidad de tonos. Quiso, además, que cada piano salido de su fábrica aventajase en algo al precedente, de modo que se acercase progresivamente a la perfección. Ya viejo, daba el último toque a los pianos de su fábrica, pues nunca quiso confiar esta delicada operación a manos ajenas ni tampoco consintió fraudes en la fabricación ni en la venta. Era todo sencillez, sinceridad y rectitud, de suerte que sobrepujó a sus competidores; y tal fama cobró el nombre de Chickering, que otro fabricante de pianos solicitó y obtuvo del Parlamento de Massachusetts que le permitiese ponerlo como marca en los de su fabricación; pero Chickering reclamó en contra de este decreto y fué atendido de suerte que el astuto competidor no pudo lograr su propósito.

El padre de José M. W. Turner le puso de

aprendiz en una barbería; pero tanta afición y gusto demostró por el dibujo, que, aunque a regañadientes, consintió su padre en el cambio de profesión. Pronto dió prueba plena de su habilidad, y como carecía de medios se atuvo a dibujar lo que se le presentaba, especialmente almanaques y guías ilustradas, y aunque se lo pagaban mal, no por ello dejaba Turner de dibujar con todo cuidado. Su labor valía mucho más de lo que por ella le daban; pero poco a poco logró mayor estipendio en más importantes encargos, sencillamente porque siempre se estiman mejor los servicios de quienes se distinguen por su escrupulosidad. De esta suerte fué cobrando Turner honra y provecho, hasta que, ya seguro de mercado propio, pudo trabajar por su cuenta; y si bien al principio no obtuvo de su labor la recompensa merecida, la consiguió en cuanto los inteligentes echaron de ver la originalidad de un arte todavía no comprendido en nuestros días. Aventajó Turner a los más famosos paisajistas de su época y trasladó al lienzo escenas naturales de índole desconocida hasta entonces. Lo que Shakespeare en el drama, fué Turner en el paisaje.

Wendell Phillips buscaba de admirable manera la perfección en la naturaleza. Cada palabra había de expresar el preciso matiz de su pensamiento; cada frase había de tener su debida duración y

cadencia; cada cláusula había de quedar acabadamente equilibrada antes de salir de sus labios. La misma precisión caracterizaba su estilo, y así fué el más eminente orador forense de cuantos ha tenido América, que embelesaba al auditorio con la rítmica plenitud y armónico equilibrio de sus grandilocuentes períodos.

Alejandro Dumas ponía especialísimo cuidado en la preparación de sus manuscritos. Cierta vez le consultó un su amigo acerca de un artículo que le habían rechazado varios editores, y aconsejóle el famoso novelista que le mudara el título y lo mandase copiar en hermoso carácter de letra por un buen pendolista. Así lo hizo el amigo, quien tuvo la satisfacción de ver aceptado el artículo por uno de los editores que lo habían rechazado. Muchos valiosos trabajos literarios no alcanzaron los honores de la publicidad por estar escritos con pésima letra.

Debemos procurar ser exactos en todo, con igual esfuerzo que si quisiéramos lograr sabiduría o descubrir ocultos tesoros. Contraigamos hábitos de exactitud en todas nuestras operaciones económicas. El descuido y la negligencia arruinarían en poco tiempo a un multimillonario. El cuidado y esmero en hacer las cosas revela el carácter, y el carácter es poder.

## ADICIÓN DEL EDITOR

\* Un industrial reusense, hombre de claro criterio  
 \* y muy mirado en todas sus cosas, atribuía la prosperidad alcanzada en sus negocios al escrupuloso  
 \* cuidado que puso siempre en tratar con exactitud  
 \* y verdad cuanto a ellos se refería, sin recurrir a  
 \* pomposos anuncios ni a propagandas artificiosas.  
 \* La bondad de sus productos era el mejor reclamo,  
 \* pues los mismos consumidores se encargaban de  
 \* encomiarlo. Esta norma de conducta, que tan excelentes  
 \* resultados da a la larga en el orden industrial  
 \* y mercantil, tiene análoga aplicación a todas las  
 \* fases de la actividad humana, y aun a las relaciones  
 \* sociales que, para ser firmes y duraderas, han de  
 \* apoyarse en la sincera expresión de todo cuanto  
 \* puede agradar sin lisonja y en la caritativa omisión  
 \* de todo cuanto puede ofender sin escarmiento.

\* Las informaciones periodísticas, tan abusivas desde  
 \* que la fotografía les dió el auxilio de la representación  
 \* gráfica, caen también en exageraciones, no sólo  
 \* por lo difícil de relatar exactamente un suceso, aunque  
 \* el relator sea testigo ocular, sino por la ligereza  
 \* con que unos periódicos reproducen las noticias ya  
 \* publicadas en otros, sin detenerse a comprobar su  
 \* origen. Así es que, por la índole misma del trabajo  
 \* periodístico, que no consiente demora en el tiempo  
 \* ni laguna en el espacio que condiciona su publicación,  
 \* no podrán servir los periódicos de documentos fehacientes  
 \* en la labor de los investigadores que se propongan  
 \* componer la historia de esta nuestra época, cuando los  
 \* tiempos para nosotros presentes sean para ellos pasados.

\* A este propósito, recordaremos el curioso caso que